

PEREGRINOS EN NUEVA PATRIA

ALBERTO ÁLVAREZ FERRUSQUÍA*



cd, España peregrina, México, Archivo General de la Nación, 2006.

Peregrino, na. adj. y s. (del lat. peregrinus, extranjero). Que viaja por tierras extrañas.

¿Qué tan extraño fue México al exilio republicano español? En principio, tanto como la ceguera ante la realidad circundante, a decir del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez en su texto "Del destierro al trastierro", conferencia impartida en el Ateneo Español de México en marzo de 2000 y recogida como parte del cd interactivo España peregrina publicado por el Archivo General de la Nación.

Formado por casi un centenar de fotografías provenientes en su mayoría del Archivo

Fotográfico Díaz, Delgado y García del Centro de Información Gráfica del AGN, España peregrina¹ documenta y testimonia la relación entre México y la República española tanto durante la guerra civil como en los años inmediatamente posteriores a la derrota republicana, años en los que tanto el contexto mexicano –el cardenismo– como el internacional –la segunda guerra– hacían a los exiliados abrigar la certeza en la justicia de su causa, en la victoria y, finalmente, en el pronto retorno a la patria de origen.

Dicha certeza fue la causa de la extrañeza inicial ante México, manifestada en la doble actitud que los refugiados españoles asumieron ante el exilio: el trastierro o el destierro.

Haciendo un seguimiento crítico de diversos textos de José Gaos, Sánchez Vázquez define:

“Trastierro significa para Gaos integración del exiliado en su nueva tierra, o patria de destino, pero no como resultado de un largo y contradictorio proceso, sino desde el primer momento. El trasterrado no se siente extraño en su nueva tierra, sino arraigado en ella. Esto determina su sentido del tiempo: el presente domina en él sobre el pasado, así como sobre el futuro. Al vivir en plan definitivo, se desvanece el ansia de volver, no hay lugar para la nostalgia, ni para añadir una nueva vida en el futuro”.

Para Sánchez Vázquez, la concepción de Gaos procedía de una visión idealizada de la América hispana –léase México- que no correspondía a su historia ni a la realidad. Una América libre de España que tendría que liberarse a sí misma de esa otra España de la que se habían liberado los hispanoamericanos. Una visión que suponía en la América independiente la realización del ideal ilustrado y liberal que en España no se había cumplido y que atenuaba u omitía la realidad autoritaria y caudillista de su historia.

El espejismo gaosiano se refleja en las fotografías presentadas en España peregrina: las imágenes del trastierro muestran el respaldo brindado a la República española por las organizaciones políticas y sociales y los artífices del cardenismo: el oficialista Partido Nacional Revolucionario, la naciente Confederación de Trabajadores

¹ España peregrina contiene también el texto introductorio y las 54 fotografías que forman el CD Los niños de la guerra. Una mirada a la memoria (AGN, 2005) reseñado en el Boletín del Archivo General de la Nación, 6a. época, octubre-diciembre 2005, núm. 10, pp. 181-183.

de México, agrupaciones feministas y estudiantiles, artistas e intelectuales; Vicente Lombardo Toledano y David Alfaro Siqueiros, Abelardo Rodríguez y Francisco J. Mújica, el Congreso de la Unión y el propio presidente Cárdenas posan acompañados de los nombres del exilio español: Domingo y Gordón Ordas, Negrín y Álvarez del Vayo, Prieto y Miaja, líderes políticos de una república sucesivamente asediada, derrotada y asilada en territorio mexicano. República ideal que por desgracia existió sólo en los homenajes, los discursos y demás protocolo diplomático que el régimen de la Revolución mexicana brindó a sus pares españoles, protagonistas, a su pesar, de una más de las grandes batallas políticas –la reforma agraria, la organización obrera, la expropiación petrolera– que definieron el cardenismo, esa breve utopía mexicana que hizo posible el trasterio.

La otra concepción del exilio, del destierro, es expuesta por el propio Sánchez Vázquez:

“Vivir el exilio como destierro significa sentirse sin raíz en la tierra que le acoge. Lo que el desterrado valora no es lo hallado, sino lo perdido; no el presente, sino el pasado que vivió y que aparece en sus sueños hecho futuro. Vive en vilo entre la nostalgia de pasado y la esperanza obsesiva del retorno, tras el paréntesis del exilio que, en los primeros años, se considera breve. Esta fijación del desterrado en lo perdido y en el futuro en que se ha de recuperarlo, se traduce en una doble ceguera ante una doble realidad. Sus ojos ven y no ven lo que le rodea, y cuando lo ve no se le presenta como es, sino a través del cristal de esa España que para él no es una realidad, sino un sueño o una idea.”

Doblemente ciego, doblemente ajeno, doblemente extraño, el desterrado sólo halla consuelo inicialmente con sus pares igualmente desterrados como lo muestran las fotografías en las que el protagonista es el español de a pie enfrentado a la realidad cotidiana de los primeros días en territorio mexicano. En las fotos del destierro, ausentes las ceremonias protocolarias, lo que queda son imágenes de comedores, dormitorios, salones de clase y enfermerías comunitarias y provisionales ocupadas por los hombre y mujeres del exilio; dolorosa materialización de la condición transitoria y necesariamente gregaria del desterrado. Dolor apenas atenuado por la solidaridad del igualmente llano pueblo mexicano que, aunque dividido² en su opinión de los refugiados españoles –gachupines para algunos–, supo estar a la altura de la mayor empresa

humanitaria mexicana del siglo xx al brindar a miles de españoles, día a día, presente cotidiano, la paulatina posibilidad de iniciar una nueva vida.

El fin de la guerra mundial con la derrota del Eje y la persistencia de Franco, el reconocimiento de éste por la comunidad internacional, la contundente evidencia de que el exilio sería indefinido, hicieron cambiar la actitud de los exiliados. A decir de Sánchez Vázquez:

“Los exiliados, desencantados, se instalan en el presente y abren sus ojos a la tierra que pisan. La política pierde toda credibilidad. Un sector numeroso del exilio la abandona; otro, desilusionado, se repliega en su vida mexicana. Durante los primeros años, el exilio sólo existió y se vivió como destierro. Con el tiempo, el desarraigo había dejado paso a nuevas raíces, a la integración del exiliado en la tierra que le acogió. En suma, el destierro se convierte, sin dejar de ser totalmente tal, en trastierno.” Habitantes al fin de la patria del destino, los españoles iniciaron el peregrinaje que les permitió superar la extrañeza inicial y, en el camino, hacerse mexicanos. Peregrinos en su nueva patria, mexicanos por factura propia, por adopción y convicción; estaciones de un camino hecho al andar de cuyo primer paso España peregrina es testimonio fiel.

* Historiador.

² Sobre las posturas encontradas de la sociedad mexicana ante el exilio español, véase José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española 1936-1939*, México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.